

Vida de las palabras

El día que no haga una consulta al diccionario estaré acabado intelectualmente

JUAN BAS



Aunque he tomado el título para esta columna del de la película de Isabel Coixet 'La vida secreta de las palabras', me refiero a lo opuesto, a su dimensión pública (en boca de muchos) y a la inclusión como neologismos reconocidos en el diccionario. Y también a lo contrario, a las palabras que salen de sus páginas por desuso continuado y de este modo se certifica su muerte. Algunas perviven a pesar de que apenas se emplean en el lenguaje y siguen protegidas por la Real Academia a disposición de la escritura. De estas últimas, entre muchas otras, me gusta la barroca zurriburri, que es barullo en su primera acepción y sujeto despreciable de baja estofa en la segunda, más acorde con la etimología pelo de burro que recoge el diccionario de Covarrubias (1611), que fue el primero de la lengua española. Zorroccloco posee parecidos atributos y designa al que es un bobo solo en apariencia. Alipori, que es vergüenza ajena, me encanta en sí misma, por su significado y porque despide aroma de novela decimonónica. Alquitara me parece también una hermosa palabra, sinónimo de alambique, que también lo es y por ello no me cuesta seguir en este caso la recomendación de Borges de escoger a la hora de escribir entre dos sinónimos el más común.

Acaban de entrar en el Diccionario de la Lengua Española 2.557 palabras nuevas o que ya estaban recogidas y se amplían o cambian sus acepciones. De las que me he enterado, algunas no me gustan por parecerme feas (puro subjetivismo de nuevo). Por ejemplo, finde y emoji me suben el azúcar. La pandemia ha cosechado sus propias palabras, otra cosa es si resulta necesario aceptarlas. En este sentido, desescalada se ha empleado hasta la saciedad, pero descenso ya cubría el mismo concepto. Cuarentenar como verbo tendrá la virtud de la economía expresiva, pero poner en cuarentena ya servía bien. En todo caso, la RAE recuerda que se limita a recoger como notaría el habla en español. Más complicado y discutible es decidir el momento de incorporar un neologismo; es decir, si lo que se acepta va a permanecer o su vida será pasajera.

Tengo la aplicación del Diccionario de la Lengua Española en el ordenador y en el móvil. Lo consulto a diario, tanto cuando leo como cuando escribo. Siempre descubro al leer palabras que no conozco o cuya semántica exacta ignoro. Y al escribir, me resuelve la duda de si estoy empleando una palabra en la acepción que pretendo entre las varias que ofrece o si puede emplearse como adjetivo. O busco sinónimos. El día que esa curiosidad y rigor me falten y por desidia no haga una consulta, estaré acabado intelectualmente.

Los rescoldos del juez

JAVIER ZARZALEJOS

Cuando Grande-Marlaska dijo que Otegi debería abandonar la política tal vez pedía a Bildu un improbable acto de decencia

Aún se puede escuchar aquello de que donde hubo fuego siempre quedan rescoldos. Esta imagen de la persistencia de los amores frustrados puede aplicarse a otras situaciones, a otros avatares biográficos y no solo a lo que a veces ocurre con el amor contrariado, que diría García Márquez. Podría aplicarse, por ejemplo, al pasado de un juez. Hace unos días el actual ministro del Interior y exmagistrado de la Audiencia Nacional, Fernando Grande-Marlaska, preguntado por Bildu, terminó saliendo de las generalidades en su respuesta y sostuvo que Arnaldo Otegi debería abandonar la política. Tal vez el ministro pedía a Bildu un improbable acto de decencia, ya que el propio Gobierno al que pertenece no ha sido capaz de hacerlo al abrazar como socio en la «dirección del Estado» a quien hizo todo lo que pudo por destruirlo y lo volverá a hacer si puede.

Pero es posible que también a Grande-Marlaska se le avivara por un momento el rescoldo que dejó su vida de juez, conocedor de primera mano de lo que son personas como Otegi. Pudo ocurrir que en esa entrevista de hace unos días a Grande-Marlaska le viniera el recuerdo de aquel 26 de mayo de 2006 en el que amplió los cargos contra ocho dirigentes de Batasuna, entre ellos Otegi, después de que uno de ellos, Joseba Permach, advirtiera de que no habría paz si alguno de ellos entraba en prisión. Fue entonces cuando, para demostrar que no tenían nada que ver con la decisión de Grande-Marlaska, los socialistas vascos liderados por Patxi López anunciaron que se reunirían públicamente con la dirección de Batasuna, que era un partido ilegal y disuelto.

Tal vez al ministro le viniera a la memoria la carta que Pilar Ruiz Albizu, matiarca de los Pagaza, había dirigido un año antes a López. Una carta abierta, entre grito y plegaria, que mantiene in-



tegra su fuerza moral y su acierto histórico: «Ya no me quedan dudas de que cerrarás más veces los ojos y dirás y harás muchas más cosas que me helarán la sangre, llamando a las cosas por los nombres que no son. A tus pasos los llamarán valientes. ¡Qué solos se han quedado nuestros muertos, Patxi! ¡Qué solos estamos los que no hemos cerrado los ojos!».

Seguro que Grande-Marlaska recordaba el 7 de junio de ese año, cuando prohibió una rueda de prensa que Otegi pretendía dar en Navarra o cuando, días después, se llevó a cabo la redada en el bar Faisán de Hendaya, o, más grave aún, cuando devolvió a la cárcel al sangriento Iñaki de Juana. Los socialistas no fueron precisamente amables con su hoy ministro. Entre un Otegi, blanqueado ya entonces como artesano de la paz por el PSOE, y Grande-Marlaska, prototipo del juez aguafiestas y opuesto al proceso que iba a traer la paz de mano de los que la destruyeron, no había

comparación. Y no se cortaron a la hora de hacerlo visible.

Lo explicó Jesús Eguiguren ('ETA, las claves de la paz. Confesiones de un negociador', 2011): «Hubo jueces interesados en demostrar que no tenían nada que ver con un Gobierno contestado desde su oposición y endurecieron su celo. Al juez Grande-Marlaska lo creía progresista. Me sorprendió cuando empezó a prohibir a Otegi ruedas de prensa una vez empezado el proceso, cuando se habían tolerado en momentos anteriores. Supongo que estas decisiones las tomaron algunos jueces para hacer méritos en su carrera». En suma, concluye Eguiguren: «Aunque nadie pone en duda que la responsabilidad del fracaso la tuvo ETA, las decisiones judiciales de Grande-Marlaska contribuyeron a enraizar el ambiente entre la izquierda abertzale y el Gobierno y a debilitar las posiciones de Otegi y los suyos frente a quienes veían el proceso, desde ETA y la izquierda abertzale, con total reticencia».

Es un detalle esa adversativa inicial que hace recaer sobre ETA lo que le era propio, es decir, practicar el terrorismo, pero la descalificación de Grande-Marlaska, la malévolas acusación de actuar contra Batasuna y ETA para hacer carrera, la implícita imputación de prevaricador al atribuir propósitos ilegítimos a sus decisiones, supongo que habrán llevado a los destructores de Marlaska dentro del PSOE a ofrecerle disculpas o al menos una explicación. No creo que haya ocurrido ni que vaya a ocurrir. Más bien, será el actual ministro y exmagistrado el que tendrá que cuidarse, no sea a él al que le exijan pedir disculpas a Otegi, ahora que ya ha colgado la toga y otro ha dejado el banquillo para compartir la dirección del Estado.

Que el ministro pierda toda esperanza. Otegi no se va a ir. El éxito de su permanencia es precisamente hacer visible en toda su crudeza la chapuza moral que le acepta como socio, no facilitar la coartada para aliviarla.

Volando voy

ELENA MORENO SCHEREDRE



El expresidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero, hace unos días, tuvo a bien instar a la Unión Europea a hacer «una reflexión serena y sosegada» sobre las recientemente celebradas elecciones legislativas en Venezuela. Él, en su sagacidad diplomática y asistido con su lúcida intuición, expresó desde Caracas su satisfacción por el desarrollo de las votaciones a pesar de una abstención del 70%. Me pregunté qué tipo

de enajenación afecta a este hombre que, ni corto ni perezoso, cruza el 'charco' con la frecuencia de un amante ansioso para mediar eternamente con un populista dictador.

En una vieja entrevista de 2018 declaró con orgullo que en su labor de mediación había viajado a Venezuela 37 veces desde 2015. A partir de entonces, por las notas de prensa, Zapatero ha seguido viajando, por lo que tiene que tener 'avíos', 'puntos

bería', como para pagar un billete de retorno a los cinco millones de venezolanos que han tenido que exiliarse. En el congreso de la Internacional Socialista del año pasado se llegó a la conclusión de que el régimen de Maduro era una dictadura que nada tenía que ver con el socialismo. Esto habría debido bastar para que un socialista como él se planteara la tozudez de su empeño y abandonara la teoría de que solo él y quizás los socios de este Gobierno entienden las bondades del bolivariano.

Los mentideros murmuraron sobre el silencio de los socialistas y levantan rumores sobre las razones que harían comprender lo incomprensible, pero lo más inquietante es el silencio, la falta de reflexión y autocrítica, de solidaridad con el pueblo venezolano y esa verdad que duerme el sueño de los justos.